



Capítulo 544: Las Doce Valquirias.

El Salón del Valhalla era tan vasto que incluso el sonido de los ecos parecía perdido en las alturas del techo dorado. Inmensas columnas, talladas en runas antiguas, sostenían el espacio como si transportaran no sólo piedra, sino todo el peso del mundo. Banderas de guerra, trofeos y reliquias de batallas pasadas colgaban en las paredes. En el centro, una mesa circular de mármol negro, lo suficientemente grande como para reunir a los espíritus más poderosos de las nueve realidades.

Y allí estaban.

Las doce valquirias de Odín—hijas de guerra, jueces de valor, ejecutores de la voluntad del Padre Todopoderoso. Ningún ejército o dios se atrevería a enfrentarse al poder combinado de sus fuerzas.

Brynhildr estaba a la cabeza, como siempre. La más fuerte, la más orgullosa y también la más reacia a inclinar la cabeza ante Odín. Su porte era imponente: alto, con cabello largo de color negro obsidiana y ojos de acero frío que parecían atravesar a cualquiera que se atreviera a mirarla. Su armadura plateada reflejaba la luz del salón, y la enorme lanza apoyada en su silla parecía vibrar por sí sola, como si anhelara la guerra.

A su izquierda estaba sentado Göll, el más joven e impetuoso. Cabello dorado trenzado en dos largos mechones, ojos verdosos brillando con un entusiasmo casi infantil. Göll era pura emoción, un corazón que ardía con cada palabra, aunque a veces le faltaba prudencia.

Junto a ella estaba sentada Reginleif, con expresión serena, como si fuera una sacerdotisa. Su largo cabello plateado le caía hasta la cintura y sus ojos azules transmitían una sabiduría tranquila. Reginleif era la más racional,





siempre mediadora de argumentos, pero también la más resignada: aceptaba la carga de la obediencia a Odín incluso cuando no estaba de acuerdo.

Thrud, la valquiria de fuerza bruta, estaba delante. Hombros anchos, músculos definidos debajo de una armadura escarlata, cabello corto y rojo atado en un moño sencillo. Sus ojos dorados ardían como fuego de batalla. Para ella, cualquier dilema podía resolverse mediante el combate.

La niebla, envuelta en un manto oscuro, era casi una sombra. Su cabello era tan blanco como la nieve fresca y sus ojos de color púrpura intenso siempre tenían ese brillo melancólico, como si viera más de lo que se suponía que debía ver. Ella hablaba poco, pero sus palabras siempre estaban imbuidas de misterio.

Geirskögun era serio, rígido como un muro. Su cabello castaño siempre estaba atado con trenzas militares y su expresión nunca cambió. Ella era la Valquiria de la disciplina y la estrategia, fría como el acero templado.



Randgríðr, con su cabello oscuro y salvaje, tenía la mirada feroz de un lobo. Era conocida por su ferocidad, su risa estridente en la batalla, y ahora, incluso sentada, golpeaba la mesa con el puño como si estuviera ansiosa por la siguiente pelea.

Hrist, su hermana gemela en espíritu, era un reflejo más comedido: rubia, de ojos duros y siempre con la mano cerca de la espada. Su seriedad contrastaba con el salvajismo de Randgríðr, pero juntos formaban un dúo temible.

Hlökk, la Valquiria del grito de guerra, tenía el pelo rojo fluyendo como llamas y ojos que brillaban con constante emoción. Ella siempre hablaba en voz alta, siempre sonreía casi locamente cuando se trataba de batalla.



Göndul, de pelo largo, liso y negro, era misteriosa y siempre dejaba sus intenciones poco claras. Ella sonreía rara vez, pero cuando lo hacía, todos estaban atentos.

Skuld, la más enigmática, llevaba velos sobre su rostro. Tenía dentro de sí el don de la previsión, la carga de imaginar futuros posibles. Sus palabras rara vez llegaban directamente—eran fragmentos, advertencias, acertijos.

Alvitr, con su cabello rubio y su expresión suave, era lo más parecido a un sanador entre ellos, aunque era igualmente letal en combate. Sus ojos azules transmitían una compasión poco común entre las hermanas, pero su espada nunca vacilaba cuando era necesario.

Por último, Eir, la Valquiria de la Curación, se sentó en silencio, observando siempre. A diferencia de los demás, su aura era tranquila, pero todos sabían que su presencia significaba guerra y que las heridas siempre estaban cerca.



Toda la sala estaba atrapada por la tensión.

Fue Brynhildr quien rompió el silencio:

"Odín..." dijo ella, con voz firme como un trueno. "Quieres involucrarte en este maldito torneo otra vez."

Sus ojos brillaban de desdén.

"Pero no estoy en lo más mínimo de humor para participar en estas tonterías."

Un murmullo recorrió la mesa.



Reginleif fue la primera en responder, con la voz tranquila pero cargada de resignación.

"La elección más sabia es simplemente seguir las órdenes de Odín." Bajó los ojos y agitó la taza que tenía delante. "No significa que lo apoyemos. Pero ignorar su orden... eso no es algo que podamos hacer simplemente."

Thrud golpeó la mesa con el puño, haciendo vibrar la madera.

"¿Qué diferencia hay?" dijo, con la voz rugiendo como un martillo de guerra. "Si hay un torneo, todo se decide por la fuerza. El más fuerte gana. Período." Cruzó los brazos con los ojos ardiendo. "Entonces que se celebre el torneo."

Mist levantó su mirada púrpura y murmuró, casi como un soplo, "¿Y qué dioses participarán esta vez?"

Todos se miraron unos a otros.

Fue Göll quien respondió, con un tono un poco vacilante:

"Aún no hay lista." Jugó nerviosamente con la punta de su trenza. "Pero muchos parecen estar interesados. Después de todo... han pasado cuatrocientos años desde el último acontecimiento como éste."

El recuerdo cayó sobre la mesa como una piedra en un estanque.

Geirskögun rompió el silencio, con la voz dura e impaciente:

"¿Y por qué algo así tardó tanto en hacerse?"





Brynhildr respiró profundamente y cerró los ojos por un momento, como si fuera doloroso recordarlo. Cuando hablaba, su voz era grave, casi una advertencia.

"Porque el último incidente fue causado por... esa mujer demoníaca pelirroja."

Las palabras resonaron en el pasillo.

Todas las valquirias se estremecieron simultáneamente, como si no fuera necesario decir el nombre.

Y luego, en un susurro al unísono, se miraron y preguntaron:

"¿Participará Sapphire Agares...?"

La sala cayó en un silencio mortal. Incluso las llamas de las antorchas parecían oscilar, como si el aire mismo se hubiera congelado con el recuerdo de ese nombre.

Agares de zafiro. El demonio que había marcado el último torneo con sangre y caos, que había desafiado incluso la orden de los dioses.

El nombre sonaba como una maldición, como un presagio de desastre.

Brynhildr cerró los ojos y se llevó el puño a la boca, pensativa. El peso de ese nombre se cernía sobre ellos y nadie se atrevía a terminar el pensamiento.

"¿Qué clase de monstruos van a salir esta vez? ..." Brynhildr murmuró...

